

plida y satisfactoriamente á esta carta, que le entregó en propia mano el duque de Alba, embajador de España en París, y sirvióle mucho para desengañar al duque de Borgoña y á las potencias enemigas del error en que estaban de que Felipe tenia contra sí la nobleza española, y para desvanecerles las esperanzas que sobre ello habian fundado.

Túvose en Valladolid consejo de generales presidido por el rey para acordar las medidas que reclamaban las circunstancias, y en él se resolvió, que el marqués de Bay se volviese á la frontera de Portugal para contener á los portugueses é impedir su union con el ejército confederado de Madrid; que el rey se situase en Casa-Tejada con el propio objeto, y el de darse la mano con las Andalucías, Extremadura y las Castillas, y en aquellas partes se formaria un nuevo ejército; que Vallejo y Bracamonte cubrirían Castilla la Vieja, la Mancha, Toledo y cercanías de Madrid; que la reina con el príncipe, los Consejos y las damas se trasladarian á Vitoria para su mayor seguridad; que Vendôme quedaria mandando como generalísimo las armas de Castilla, y Noailles se volveria á Perpiñan, y con las tropas del Rosellon obraria por la parte de Cataluña y pondria sitio á Gerona para distraer por allí los enemigos. Asi se ejecutó todo, y pocas veces habrán correspondido tan felizmente á un plan los resultados.

Ya hemos visto cuán admirablemente desempe-

ñaron su cometido Vallejo y Bracamonte. El rey partió de Valladolid (3 de octubre, 1710) para Salamanca en direccion de Extremadura con su corto ejército, y deteniéndose un solo dia en aquella leal é insigne ciudad, prosiguió su marcha en medio de un temporal terrible de lluvias y frios, encaminándose por Placencia á Casa-Tejada, donde fijó sus reales, en tanto que Vendôme corria las riberas del Tajo para observar á los aliados é impedir su apetecida reunion con los portugueses. Allí fué donde el conde de Aguilar acabó de acreditar su rara y singular inteligencia y su actividad maravillosa para la formacion y organizacion de los ejércitos; pues á mediados del mes de noviembre los restos del que habia sido derrotado en Zaragoza se hallaron como por encanto aumentados hasta cuarenta batallones y ochenta escuadrones, perfectamente armados, equipados y provistos de todo. Los pueblos de Castilla, Extremadura y Andalucía se prestaron gustosos á facilitar hombres y recursos: cuidó admirablemente de la provision de almacenes el comisario general conde de las Torres, y la reina desde Vitoria envió buena cantidad de dinero, producto de su plata labrada que habia hecho reducir á moneda en Bayona. Con esto Vendôme se consideró ya fuerte, no solo para resistir, sino para ir á buscar los enemigos, hizo la distribucion de las tropas, situándolas convenientemente, y el rey ocupó el puente de Almaraz para cortar el paso de los aliados á Portugal.

interceptar toda comunicacion con aquel reino, objeto preferente de los planes del archiduque y de su general Staremberg.

Convencido al fin el pretendiente austriaco de la ninguna simpatía que su causa tenia en las Castillas; desesperanzado, en vista de tantas tentativas frustradas; de poderse dar la mano con el ejército portugués; atendidas las considerables fuerzas que habia reunido el rey don Felipe; no habiendo podido Staremberg conseguir que Vendôme alterara su magnífico plan de defensa; falto de víveres, porque los pueblos se negaban á dar mantenimientos, y Vallejo y Bracamonte se apoderaban de todos los convoyes; viendo perecer diariamente sus soldados á manos del paisanage, en caminos, en calles y en alojamientos; determinó, con acuerdo de sus generales, evacuar la capital á los cincuenta y un dias de su trabajosa dominacion. Y aunque su resolucioa era volverse por Zaragoza á Barcelona, único punto de España donde se contemplaba seguro, dió orden á sus fantásticos Consejos para que pasasen á Toledo, dando á entender que se iba á trasladar la córte á aquella ciudad como mas fuerte. Salieron pues de Madrid las tropas del archiduque (9 de noviembre, 1710), no sin haberse discutido antes si se habia de saquear la poblacion: pretendíanlo los catalanes, alemanes y portugueses, pero opusieron los generales Staremberg, Stanhope y Belcastel. Apenas la córte se vió libre de

los que miraba como molestos y aborrecidos huéspedes, aclamó de nuevo estrepitosamente á su rey Felipe V., y todavía pudo oir el archiduque el festivo clamoreo de las campanas, y el confuso rumor de otras demostraciones con que se celebró tan fausto suceso.

Solo llegaron á Toledo Staremberg y Stanhope con un cuerpo de seis mil hombres; y mientras estos generales daban apariencias de fortificar aquella ciudad como para hacerla residencia de su rey y establecer los cuarteles de invierno, el archiduque, siguiendo su propósito, tomó desde Cienpuzuelos el camino de Zaragoza, escoltado por un cuerpo de caballería, y seguido de unos pocos magnates de su parcialidad. Detúvose en aquella ciudad solos cuatro dias (de 29 de noviembre á 3 de diciembre), y prosiguió aceleradamente su viage á Barcelona, donde su presencia causó profunda tristeza y desmayo, calculándose, no sin razón, que debia ser muy fatal el estado de sus tropas cuando no fiaba su seguridad á ellas; y solo dió contento su ida á la archiduquesa, que estaba temblando no le embarazase la retirada el duque de Noailles, que ya se decia entraba en Cataluña con el ejército francés del Rosellon.

El mismo dia que llegó el archiduque á Zaragoza evacuó el ejército aliado á Toledo (29 de noviembre), despues de haber evitado Staremberg que se pusiera fuego á la poblacion, como pretendia el general por-

tugués, conde de la Atalaya. Con el mismo júbilo que en Madrid se proclamó en Toledo al rey don Felipe, y á los oídos de las tropas fugitivas debieron llegar los silbidos, y los insultos y oprobios con que las despedían los toledanos. Apresuráronse á entrar, en Madrid don Feliciano de Bracamonte, en Toledo don Pedro Ronquillo, con cuya entrada creció el regocijo de ambas poblaciones. Pero subió de punto la alegría y llegó al mayor grado imaginable, cuando el rey, noticioso por Ronquillo de la retirada de los aliados, partiendo de Talavera de la Reina, donde tenia entonces sus reales, llegó á las puertas de Madrid (3 de diciembre, 1710), y despues de visitar el templo de Atocha, se encamino á Palacio. Dió el pueblo rienda á su gozo, y agrupándose con loca algazarra en derredor del caballo del rey, apenas le permitia dar un paso. Tres dias solamente permaneció Felipe en Madrid, en todos los cuales no cesaron las aclamaciones y los regocijos públicos, en términos que no pudo menos de exclamar el duque de Vendôme: «Nunca pude yo imaginar que nacion alguna fuese tan fiel, y diese tales pruebas de amor á su soberano (1).»

(1) «Relacion diaria de todo lo sucedido en Madrid desde el dia 20 de agosto hasta el dia 3 diciembre de este año de 1710, en que S. M. entró en su córte.»—«Real triunfo y general aplauso, con que el rey N. S. don Felipe V. entró en su córte católica el miércoles por la tarde 3 de diciembre, etc.»

—Macanáz, Memorias, cap. 166.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, Historia Civil, tom. I. c. 75 á 80.—«Noticia diaria, muy pormenor y sucinta de todo lo que ha pasado en la ciudad de Toledo desde que entraron las tropas enemigas hasta el dia en que salieron, etc.» Tomo de Varios.

Volvió, pues, á salir el rey de Madrid el 6 de diciembre, en union con el generalísimo duque de Vendôme, camino de Guadalajara, á unirse con el ejército que marchaba apresuradamente en seguimiento del de los aliados. El 7 se supo que el general inglés, Stanhope, con ocho batallones y otros tantos escuadrones que componian la retaguardia, habia ido á pasar la noche en Brihuega, villa de la Alcarria. Con esta noticia, y con el deseo que todos tenian de cortar algun cuerpo del ejército enemigo, dispuso Vendôme que se adelantára el marqués de Valdecañas con la caballería ligera, los dragones y granaderos, y dos piezas de artillería hasta Torija. Excedia el de Valdecañas á cuantos generales se conocieron en esta guerra en la formacion de un ejército, en la disciplina y regularidad de sus marchas. Ejecutólo el marqués con tal celeridad, que al amanecer del 8 habia logrado cortar á Stanhope todas las salidas de Brihuega, y comenzado á batir su alto, aunque sencillo muro, y en esta actitud le encontró el rey cuando llegó al mediodía á la vista de la poblacion. Resistíanse los ingleses con la esperanza de ser pronto socorridos por Staremberg; animáronse los nuestros con el parte que les envió don Feliciano de Bracamonte de haber sorprendido y hecho prisionero un regimiento de infantería alemana. Todo el dia jugaron nuestras baterías: y como llegára otro espreso de Bracamonte participando que en efecto Staremberg venia con todo el ejército á

socorrer á los sitiados, fué menester apresurar el asalto, que mandó el conde de las Torres, y en que tomaron parte el marqués de Toy, y los tenientes generales don Pedro de Zúñiga, el conde de Merodi y el de San Estéban de Gormaz; y entretanto el conde de Aguilar fué destinado á detener con la caballería á Starembérg, acompañándole el mismo Vendôme. El asalto fué rudo y sangriento, y la entrada en la poblacion costó reñidísimos ataques y gran número de víctimas. Los regimientos de Guardias, el de Ecija y los granaderos hicieron maravillas. A las ocho de la noche, cuando ya habia vuelto Vendôme dejando apostada la caballería á media legua de Brihuega, pidió Stanhope capitulacion, y como urgia poner término á aquella lucha, se le concedió, quedando todos prisioneros de guerra, incluso los tres generales, Stanhope, Hyl y Carpentier, este último herido, y todos los mariscales, brigadieres, coroneles y oficiales. El regimiento de caballería de la Estrella que mandaba el conde del Real fué encargado de conducir los prisioneros é internarlos en Castilla, é hizo lo llevándolos á marchas forzadas. Tal fué la famosa accion de Brihuega (9 de diciembre, 1710). Stanhope aseguró aquella noche muchas veces que serian las últimas tropas inglesas que entrasen en España (1).

(1) Relacion diaria, etc.—Relacion de los progresos del ejército del rey N. S. etc.—San Felipe, Belando, Macanaz, ub. sup.

Tenemos á la vista un testimonio librado por el secretario del juzgado y escribano de número de la villa de Brihuega, don Cami-

Contábase con tener batalla al dia siguiente, y así fué. Al salir los prisioneros de Brihuega vieron ya toda la infantería puesta en orden donde antes habia estado la caballería á la parte de Villaviciosa, formando el centro, y teniendo la caballería á los costados. Mandaba la derecha de la primera línea el marqués de Valdecañas con el teniente general don José Armendariz y los mariscales conde de Montemar y don Pedro Ronquillo, el cual tuvo la desgracia de perecer de un cañonazo antes de empeñarse formalmente la batalla: guiaba la izquierda el conde de Aguilar, con el conde de Mahoni y el mariscal de campo don José de Améza ga: el centro el marqués de Toy con el teniente general marqués de Laver y el mariscal conde de Marcelles. La derecha de la segunda línea mandábala el conde de Merodi con el mariscal don Tomás de Idiaquez; la izquierda el marqués de Navalmorcuende con el mariscal don Diego de Cárdenas: el centro don Pedro de Zúñiga y el mariscal Enrique Crafton. En tal estado comenzó el fuego de la artillería enemiga. El rey corrió con valor las líneas, no obstante haber dado dos balas de cañon cerca de su persona. Empezó siéndonos favorable el combate, arrollando el marqués de Valdecañas con su derecha la izquierda enemiga, que gobernaba el mis-

lo Lopez y Gomara, en 1854, de una pequeña relacion de la batalla, que se conserva en el registro de escrituras públicas de la villa, con copia de una inscripcion que hay á la puerta por donde se dió el asalto.

mo Staremborg: pero nuestra izquierda fué por tres veces rechazada y desordenado el centro por falta de caballería; error imperdonable, por lo mismo que se habia cometido en la batalla de Almansa, y fué roto por la misma causa; y el marqués de Toy que acudió á repararle cayó prisionero de los portugueses.

El duque de Vendôme, que vió rechazada la izquierda, descompuesto el centro, y espuesta la persona del rey, perdió la esperanza de ganar la batalla, y llevóse á S. M. consigo al sitio donde habian estado la noche anterior, y mandó al conde de Aguilar que retirára la infantería y la pusiera á salvo; orden que obedeció el de Aguilar como buen soldado, por mas que á lo contrario le instaban otros generalés, en especial Valdecañas y San Estéban que llevaban derrotado al enemigo (4). Y era así la verdad; y además el conde de Mahoni se habia apoderado de su artillería y sus bagages, y recogido multitud de alhajas de oro y plata, y otras riquezas de las robadas en los templos de Toledo y Madrid; y acometido luego Staremborg por la espalda por Mahoni y Bracamonte, aunque defendiéndose desesperadamente y con toda la regla y arte de un buen general, fué por último puesto en confusion y desorden por don José de Amézaga que arremetió furiosamente con la caballería de la

(4) A este tiempo se vió huir el regimiento de la Muerte, así llamado porque antes habia sido el terror de los portugueses, y como lo reparase uno de nuestros oficiales, dijo á sus soldados: «Ea, soldados, ánimo! cuando la Muerte huye, nuestra es la victoria.»

Reina y descompuso su cuadro. Mas no habia medio de sacar á Vendôme del funesto error en que estaba de que la batalla era perdida, por mas emisarios que al efecto le enviaban. Y tan ganada estaba yá, que nuestros generales despacharon al sargento mayor don Juan Morfi á decir á Staremborg, que puesto que se veía perdido, y habia hecho cuanto cumplia á un buen general por la gloria y el honor de sus armas, no diera lugar á que se derramára mas sangre. Con este recado, despues de haber oido su consejo de guerra, respondió el general aleman estimando mucho el favor que le hacian, y pidiendo una suspension de armas por lo que restaba de noche, asegurando que si al reconocer el campo por la mañana veía ser cierto que aun habia en el nuestro treinta batallones y cincuenta escuadrones, como Morfi decia, sin hacer mas fuego se rendiria con lo que quedaba de su ejército.

Pasóse, pues, la noche sin hostilidad, pero tambien sin pan, sin vianda, sin lumbre y sin abrigo, y el rey sin cenar y sin acostarse, y ateridos todos de frio por la densa y helada niebla que hubo, y con que amanecieron blancos los sombreros y los vestuarios de todos, como si hubiera nevado. Aprovechó Staremborg la oscuridad de la noche para irse retirando sin ruido de trompetas ni timbales, cuya noticia llevó al rey primeramente don Rodrigo Macanáz, despues el marqués de Crevecoeur, y últimamente el conde de

Mahoni, el cual pidió le diesen tres mil caballos para cortar los enemigos. Fuéronle negados por cierto resentimiento y enojo que con él tenía el conde de Aguilar, que á habérselos dado hubiera podido cortar ó detener á los vencidos, y puesto á nuestro ejército en parage tal vez de acabar con ellos. Ordenóse solamente á Vallejo y Bracamonte que los siguiesen por los costados y retaguardia: y en tanto que esto se disponía, iban llegando al campo del rey oficiales y soldados cargados de estandartes y banderas, otros conduciendo prisioneros de Estado, tal como el obispo auxiliar de Toledo, y otros con los cálices y vasos sagrados cogidos al enemigo, y con los equipages y joyas del arzobispo de Valencia y de algunas señoras y magnates que le seguían. Aquella mañana despachó el rey dos expresos con la noticia de tan señalada victoria, uno á la reina, su esposa, otro al rey de Francia, su abuelo; hecho lo cual, fué á caballo á reconocer el campo de batalla, y luego pasó á la inmediata villa de Fuentes, donde recibió la nueva de haber hecho don José Vallejo tres mil prisioneros, y en cuya iglesia se cantó un solemne *Te Deum* en acción de gracias al Dios de los ejércitos por tan completo y memorable triunfo.

Tal fué el resultado de la célebre batalla de Villaviciosa (10 de diciembre, 1710), que aseguró la corona de Castilla en las sienes de Felipe V. de Borbon, á los pocos días de haber estado en el mayor, y al

parecer mas inminente peligro de perderla, y que decidió moralmente la lucha que hacia diez años traían empeñada España y Francia contra todas las potencias de Europa. Entre las dos jornadas de Brihuega y Villaviciosa se perdieron del ejército de Castilla sobre tres mil hombres, entre ellos oficiales generales de la mayor distincion: hicieronse á los enemigos mas de doce mil prisioneros, y se les cogieron cincuenta banderas, catorce estandartes, veinte piezas de artillería, dos morteros, y casi todas las armas, tiendas y equipages: murieron de una y otra parte personages de cuenta y gefes de las primeras graduaciones (1).

(1) Relacion de los gefes muertos y heridos que tuvo el ejército castellano.

Muertos.

El mariscal de campo, don Pedro Ronquillo.

El brigadier, conde de Rupelmonde.

Brigadier, don Rodrigo Correa.

Brigadier, don Juan José de Heredia.

Brigadier, don Juan Fernandez Pedroche.

Brigadier, Monsieur de Velmó.

Brigadier, conde de Borbon.

Coronel, don José Sotelo.

Coronel, marqués de Torre mayor.

Coronel, vizconde Kolmalok.

Coronel, don Felix de Marimon.

Coronel, don Juan de Vargas.

Coronel, don José Yossa.

Coronel, marqués de Santeldegarde.

Coronel conde de la Tuz.  
Coronel, don Gonzalo Quintana.

Coronel, don Bartolomé de Urbina.

Coronel, don Francisco Ramirez Arellano.

Coronel, don Juan de Fontes.

Coronel, marqués de Franluy.

Coronel Espreafigo.

Coronel, don Francisco Navarro.

Coronel, Lauteldolf.

Coronel, Rulfort.

Coronel, Blon.

Coronel, don Carlos Espelifico.

Teniente coronel, don José Martinez.

Idem, don Alonso Fariñas.

Idem, don Juan de la Sierra.

Idem, don Francisco Torralva.

Idem, baron de Alburquerque.

Comandante, baron Espau.

Comandante, Araciél.

Otros treinta y seis comandantes.